

Descifrar el signo: Rafael Cadenas y las aporías del Cratilo

MARIANO NAVA CONTRERAS

(UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, MÉRIDA-VENEZUELA)
marianonava@gmail.com

*Dibujaré con líneas de guijarros
mi nombre, la historia de mi casa
y la memoria de aquel río
que va pasando siempre y se demora
entre mis venas como sabio arquitecto.*

Eugenio Montejo, *Escritura*

“Si un árbol es un milagro, no lo es menos un deseo, una palabra”, dice Rafael Cadenas al comienzo de su célebre ensayo *En torno al lenguaje*¹. En esta frase, cuya intención final busca inquirir sobre el estatuto ontológico del signo, el poeta pareciera homologar, equiparar su morada y su refugio con la existencia plena y desnuda que se convierte en milagro; la realidad natural y material del árbol y la del sentimiento que lo aprehende (esa voluntad de ser y de manifestarse de la que hablaban Nietzsche y Schopenhauer) con el vehículo que trasiega, es verdad, trabajosa y milagrosamente, entre la realidad objetiva y la subjetiva; eso que completa

¹ Caracas, 1984.

la callada verdad de la existencia y la convierte en epifanía; aquello que, y tal vez si esta frase le gustara a Descartes, realiza la existencia de las cosas al permitirles ser pensadas y dichas. Cadenas se inscribe, pues, en una curiosa estirpe de poetas que se ha dado a la tarea de meditar acerca de la palabra, de la literatura. Como un panadero que examina el milagro del pan y del trigo. Muchos filósofos han teorizado acerca de la literatura, pero cuando un poeta medita acerca de la palabra y de la poesía las cosas se vuelven diferentes.

Fue también éste el caso de Platón, como se sabe. Consta que el filósofo fue también poeta, se conservan algunos dísticos elegíacos a él atribuidos², y su obra conocida no puede ser efectivamente valorada si no se aprecia en su altísima factura e intencionalidad estéticas. Pero sabemos que Platón fue también un elaborado teórico entre cuyas preocupaciones fundamentales se cuenta la meditación acerca de los poderes de la palabra, el *lógos*, y sus implicaciones éticas, políticas, ontológicas y gnoseológicas. Así, si en el *Gorgias* se plantean las implicaciones éticas del discurso y el lugar de la retórica en el seno de la *polis*, en el *Ión* se propone una teoría en torno al origen y la naturaleza de la poesía que rescata las antiguas creencias acerca del “entusiasmo” del poeta y el papel de la divinidad en el proceso creativo. Sin embargo, es en el *Cratilo* donde el filósofo indaga acerca de la relación existente entre la palabra y la cosa.

Cuando Platón se plantea en el *Cratilo* el dilema de si la palabra tiene conexión ontológica con la cosa, en realidad lo que está planteando es una refundación gnoseológica basada en la necesidad de superar lo que

² La mayoría de estos dísticos se encuentran recogidos en la Antología Palatina, así como en la edición de BERGK, Th. (*Poetae Lyrici Graeci*, Lipsiae, 1882), recogida después por EDMONDS, J.M., 1939, Cambridge. Cf. Topozis, K., 1998, *Arcaioi Ellenes Lyrikoi. Platon - Aristotelis*, Athenai.

después Saussure llamó “la arbitrariedad del signo”. Es decir, para Platón era necesario que entre el signo y la cosa se estableciera una relación que trascendiera la arbitrariedad. El filósofo había comprendido que de otra manera el desarrollo de la ciencia empírica y por tanto de la filosofía racional, es decir, del conocimiento tal y como lo concebimos según nuestro patrón epistemológico, quedaba muy comprometido. Según el filósofo, existen dos tesis que explican esta relación: para unos, entre la cosa y la palabra existe una relación ontológica y natural, *katà physin*, pues “hay algo” de la cosa que está contenido en la palabra. Según esto, los poderes del *lógos* no son autónomos, pues están sujetos a un estatuto ontológico que los regula y los somete al inflexible criterio de la verdad. Así pues, como dice el filósofo, “quien conoce los nombres conoce también las cosas”³. Para otros, la relación entre la palabra y la cosa está dada por el uso y por la convención, *katà nómon*. Por tanto, no hay nada de la cosa en la palabra y la relación entre ambas es arbitraria, no es más que un capricho refrendado por el uso. Así, no hay criterio que sujete el poder de la palabra, el cual se torna omnímodo y caprichoso. Es el hombre quien otorga nombre a las cosas, pues según aquella tesis que fue central para el pensamiento sofístico desde Demócrito, “el hombre es la medida de todas las cosas”. De tal manera, la polémica contra la sofística en el *Cratilo* es tácita pero evidente. Más allá de la arbitrariedad del signo, que los sofistas sostenían abiertamente, su relativismo extremo tornaría imposible el avance de la ciencia empírica. En su diálogo, y a diferencia de lo que ocurre en otros muchos, Platón no se muestra abiertamente partidario de ninguna de las tesis, razón por la cual el *Cratilo* ha sido calificado por los estudiosos como un diálogo “aporético”. Sin embargo el mismo filósofo se encarga de dejar

³ PLAT. *Crat.* 435 d.

bien claras las ventajas y las desventajas de cada una de ellas. En realidad, después de los avances de Hipócrates y la escuela de Cos en el campo de la medicina, ya a los sofistas se les había hecho demasiado tarde para quemar sus naves. Sus propuestas epistemológicas se habían vuelto inviables y éstas corren a refugiarse en el mero ejercicio retórico.

Así en su *Elogio de Helena*, título provocador donde los haya, Gorgias intenta defender lo indefendible, el honor y la razón de aquella adúltera traidora por la que los griegos se enfrascaron en una cruenta guerra que duró una década. En realidad, y el orador de Leontino lo sabe demasiado bien, el tema y el objeto de su discurso importan muy poco, como tampoco importan los lazos entre la palabra y la realidad. Lo que importa es la forma del discurso, su técnica, y cómo esa forma y esta técnica van a influir en los sentimientos humanos. En un fragmento esclarecedor nos explica:

[8] El *lógos* es un poderoso señor que, con un cuerpo pequeñísimo e imperceptible, es capaz de realizar las más divinas obras: puede en efecto detener el miedo y quitar el dolor, provocar la alegría y suscitar la compasión [...] pues se levanta entre los oyentes un estremecido temor, una lacrimosa compasión y una dolorosa nostalgia. [9] Por medio del *lógos*, el alma se deja afectar por un sentimiento especial relacionado con las desventuras y las buenaventuras de personas y hechos que nos son ajenos. Pero ¡vamos!, pasemos de este a otro argumento: [10] en realidad, gracias al *lógos* los cantos inspirados por los dioses nos acercan al placer y nos alejan del dolor, pues la fuerza de los mismos, conviniendo con la opinión del alma, seduce, convence y la transforma por encantamiento. Se pueden encontrar dos técnicas de encantamiento y

de magia, que son los errores del alma y los engaños de la opinión [11], los cuales persuadieron y persuaden a otros tantos respecto de otras tantas cosas forjando engañosos discursos...⁴

Se entiende por tanto cómo y por qué los ataques de Platón no son gratuitos. Si el *lógos* tiene una existencia autónoma de la realidad de las cosas, y puede no obstante ejercer tan peligrosa influencia sobre el alma humana, entonces el hombre cuenta en su subjetividad con un formidable escollo para el acceso a la realidad. No es otra la razón por la cual Platón se ve forzado a expulsar a los poetas de su *República*, si es que quiere ser coherente con su propia ontología y con su gnoseología. Si A tiene frío y B tiene calor, y ambas proposiciones son ciertas, entonces la ciencia simplemente es inviable, pues no existen ni la verdad ni la mentira y toda la realidad se vería atascada en el fango de la indefinición y de un paralizante relativismo. Platón, para salvar el pensamiento racionalista, tiene que reaccionar contra estos sofismas, y termina sacrificando a los poetas, muy a su pesar⁵. El criterio de la verdad es y sólo puede ser uno, y no será, precisamente, el de la *mímesis* poética.

En todo caso, uno de los caracteres más llamativos del ambiente intelectual que reina en esta Atenas del siglo V es precisamente la conciencia acerca de los poderes del *lógos*, que se traduce no sólo en el conocimiento del uso y el abuso que se hace de él en tanto que herramienta de poder, sino también en el desarrollo de un discurso crítico en torno a sus propiedades. Un *lógos* en torno al *lógos*, así como también se desarrolló un *lógos* en torno a la *pólis*, que se

⁴ GORG, *Hel.* 8-11.

⁵ Cf. ASMIS, E., 2005, "Plato on poetic creativity", en KRAUT, R. (Ed.), Cambridge, *The Cambridge Companion to Plato*, pp. 338 ss.

llamó *política*. La ciencia del *lógos* se llamó, por tanto, “lógica”, pero también “retórica” y también “poética”. Este discurso crítico entraña la conciencia de los poderes del *lógos*, pero también de los peligros de su perversión, pues conlleva, cosa que más tarde pudieron confirmar dolorosamente los atenienses a través de su propia historia, formidables riesgos políticos. Política y *lógos* manifiestan así el lado oscuro de una alianza terrible y esencial.

Así pues, la meditación acerca de las funciones del signo como elemento de unión entre la cosa y la inteligencia resulta esencial para la comprensión de los poderes del *lógos* y sus perversiones. En alguna sentencia contundente Ramos Sucre estimaba que “un idioma es el universo traducido a ese idioma”⁶. El signo deviene, pues, vehículo, y por ello mismo usufructúa los bienes de la intermediación. En tanto que poder mediatizador de realidades, ejerce una tiranía dulce pero implacable, impone deudas, exige sacrificios, pero sobre todo constriñe nuestra existencia y nuestro pensamiento en una dialéctica que deviene terrible y seductora, *deiná*, por decirlo con un adjetivo que quiso usar, y no gratuitamente, el viejo Sófocles en aquel célebre coro de la Antígona:

Muchas cosas terribles existen, pero ninguna más
terrible que el hombre:
al otro lado del blanquecino mar y con la ayuda del
Noto tempestuoso
va, sobre las mugientes olas avanzando,
y a la mayor de las diosas, la Tierra
indestructible e incansable, trabajosamente fatiga,
año tras año dándole vueltas al arado
que junto a la raza de los caballos mueve.

⁶ “Granizada”, en *Obra completa*, Caracas, 1989, p. 424.

A las bandadas de los pájaros imprudentes, a los
rebaños de las bestias agrestes
y a las criaturas del ponto atrapa y lleva
con sus redes tejidas
el hábil varón,
con ardides domina a la bestia tosca
que va y viene por los montes y al caballo
de espesas crines unce el yugo rodeando la cerviz
y al toro vigoroso y montaraz.

El lenguaje y el alado pensamiento, y las civilizadas
maneras de comportarse
aprendió de sí mismo, así como a huir de los dardos
de la lluvia inclemente
y de la penosa nieve a la intemperie,
el muy astuto...⁷

Así pues, la meditación acerca de los poderes del signo se convierte en patrimonio de todo aquel que trabaja con la palabra. Esta inquietud semiótica se ve atestiguada por la cantidad de textos que numerosos escritores le han dedicado. San Agustín, uno de los primeros que se atrevió a teorizar sobre el tema, dijo en una célebre definición que “un signo es algo que, además de la especie abarcada por los sentidos, hace que una cosa acuda por sí sola al pensamiento”⁸. Una preocupación similar se expresa en estos versos de Edgar Allan Poe:

No hace mucho tiempo, el autor de estas líneas,
en el loco orgullo de la intelectualidad,
mantenía “el poder de las palabras”: negó que nunca

⁷ SOPH. *Ant.* 332-359.

⁸ S. AGUSTÍN, *De doctrina Christiana*.

un pensamiento surgiera del cerebro humano
más allá de la expresión de la lengua humana...⁹

E igualmente, en un luminoso fragmento, Odiseas Elitis plasma sus cavilaciones de este modo:

Veía cómo el fenómeno de la lengua iba tomando otras dimensiones que no sospechaba. Me interesaba el misterio del nacimiento de las cosas a través de su bautismo en el alborozo aquel del alma que son los sonidos articulados. La palabra que se pulimenta como la piedra en los labios del pueblo. En los labios y en los dientes, algo enteramente igual que lo que te impulsa a luchar a enamorarte *así y no de otra manera*. Tú y la persona del grupo al que perteneces. Todos. Fieles, queriéndolo o no, a estos árboles, a estas olas, a esta luz, a esta historia.

¡Ah sí! En última instancia la lengua era *Ethos*¹⁰.

Pero tal vez uno de los más célebres poetas del siglo xx que han reflexionado sobre estas cosas en numerosos ensayos y digresiones sea Borges. En un fragmento que podría calificarse como iconoclasta, y valga la redundancia, típicamente borgiano, nos dice:

⁹ *Not long ago, the writer of these lines, / In the mad pride of intellectuality, / Maintained «the power of the words»-denied that ever / A thought arose within the human brain / Beyond the utterance of the human tongue...*, en *Poesía completa*, Barcelona, 1994, p. 166.

¹⁰ *Antología*, traducción de Alfonso Silván Rodríguez, Madrid, 1982, p. 203.

Decimos que el español es un idioma sonoro, que el inglés es un idioma de sonidos variados, que el latín tiene una dignidad singular a la que aspiran todos los idiomas que vinieron después: aplicamos a los idiomas categorías estéticas. Erróneamente, se supone que el lenguaje corresponde a la realidad, a esa cosa tan misteriosa que llamamos realidad. La verdad es que el lenguaje es otra cosa ¹¹.

Así también Rafael Cadenas expresa:

El lenguaje es inseparable del mundo del hombre. Más que al campo de la lingüística, pertenece, por su lado más hondo, al del espíritu y al del alma. En otras palabras, no puede hablarse separadamente de un deterioro del lenguaje. Tal deterioro remite a otro, al del hombre, y ambos van juntos, ambos se entrecruzan, ambos se potencian entre sí. Por eso en la defensa del hombre ha de incluirse la del idioma, y la de éste no reducirse a sus fronteras específicas ¹².

Al igual que aquél Platón del *Cratilo*, nuestro poeta es consciente de la multi-dimensionalidad del *lógos* y su esencial papel en la conquista de la verdad y el avance de las ciencias. Sin embargo, Cadenas no deja de culpar al radical cientificismo con que la lingüística, en un exceso fenomenológico y un fanático apego al dato positivo, ha marcado los estudios acerca del lenguaje, no dejando por tanto apreciarla en la vastedad de sus implicaciones,

¹¹ “La poesía”, en: *Obras completas*, Madrid, 1996, pp. iii 254-255.

¹² “En torno al lenguaje”, en *Obra entera. Poesía y prosa (1958-1995)*, México, 2000, p. 586.

en la insospechada riqueza de sus disímiles trascendencias (“en realidad, el lenguaje siempre se trasciende a sí mismo”, dice poco más adelante). En algún punto sin embargo contactan antiguos y modernos peligros, y es que según nuestro poeta, los excesos de una permisividad lingüística podrían llevar a un relativismo sofístico. Si en aquella Grecia de Platón, pues, los peligros del lenguaje estaban encarnados en el relativismo de los sofistas, las paradojas de la modernidad hacen que un exceso cientificista sea capaz de condenar al lenguaje a un empobrecimiento cimentado en esta miopía fundamentalista puesta al servicio de la razón tecnocrática: el reduccionismo epistemológico que nos imponen las lecturas “científicas” en torno al *lógos*. Dice así Cadenas:

El lenguaje va quedando reducido actualmente a una de sus funciones, a la más rudimentaria, la instrumental para el intercambio más ligero. La expresiva, vale decir, la que tiene que ver precisamente con el alma, sufre, por desuso, una atrofia alarmante. ¿Cómo se puede conversar si el idioma padece una merma de su dimensión anímica?

Las fuerza que se han alzado contra el hombre y que están fuera y dentro de él, son las mismas que atentan contra el lenguaje¹³.

Ambos peligros, el de aquellos y el de estos tiempos, se ciernen sobre la humanidad entera cebándose en el vehículo por excelencia que nos comunica con nuestro entorno.

¹³ *Ibid.*, p. 611.

En un verso intuitivo y revelador nos dice Rafael Cadenas que “Emergimos de una narración para habitar. Antes de ser nosotros, fuimos personajes”¹⁴, como si el *lógos* fuera la patria primigenia, el origen por excelencia de donde proceden nuestras realidades. Como si antes de ser carne hubiéramos sido ideas, palabras, sentimientos. Como si hubiéramos habitado un útero conceptual del que brotamos a la naturaleza vueltos carne, sonidos, imágenes, olores, tacto, pasiones y afectos. Nada hubiera agradado más a Platón que escuchar tan singular metáfora.

¹⁴ *Obra entera, ibid.*, p. 57.